1668
Isla Tortuga

Los perros

Ya no quedan indios en esta islita al norte de Haití. Pero quedan los perros que los españoles habían traído para perseguirlos y castigarlos. Los mastines, que se han multiplicado y andan en manadas devorando jabalíes, disputan a los filibusteros franceses el dominio de esta tierra. Noche a noche llegan los aullidos desde la floresta. Dentro de las murallas, los piratas duermen temblando.

La isla Tortuga pertenece a la empresa creada por el ministro Colbert para el tráfico de esclavos y la piratería. La empresa ha nombrado gobernador a Bertrand d'Ogeron, gentilhombre de brillante prestigio entre bucaneros y filibusteros.

Desde Francia, el gobernador trae un cargamento de veneno. Matará unos cuantos caballos y los diseminará por la isla, con el vientre lleno de ponzoña.

Así piensa poner fin al peligro de los perros monteses.



1669
Villa de Gibraltar

Toda la riqueza del mundo

Los hombres de Henry Morgan andan escarbando las costas del lago de Maracaibo. Buscan los tesoros enterrados que el Olonés no pudo llevarse. Por mucho que madruguen y trabajen los piratas, no hay tiempo que alcance ni bodega que no se desborde.

Después de los cañonazos, el desembarco. Saltan los piratas de los esquifes y entran a sable en la aldea humeante.

No hay nadie, no hay nada.

En el centro de la plaza, un muchacho, destartalado, en harapos, los recibe riendo. El enorme sombrero, que le tapa los ojos, tiene un ala rota, caída sobre el hombro.

–¡Secreto! ¡Secreto! –grita. Mueve los brazos como aspas, espantando moscas imaginarias, y ríe sin cesar.

Cuando la punta de un sable le rasca la garganta, susurra: "No duermas con los pies desnudos, que te los comen los murciélagos".

Arde el aire, espeso de vapores y humo y polvo. Morgan hierve de calor y de impaciencia. Atan al muchacho. "¿Dónde escondieron las alhajas?" Lo golpean. "¿Dónde está el oro?" Le abren los primeros tajos en las mejillas y en el pecho.

–¡Yo soy Sebastián Sánchez! –grita–. ¡Yo soy hermano del gobernador de Maracaibo! ¡Muy señor y principal!

Le cortan media oreja.

Lo llevan a rastras. El muchacho conduce a los piratas a una cueva, a través del bosque, y revela su tesoro. Escondidos bajo las ramas, hay dos platos de barro, una punta de ancla tapada de herrumbre, un caracol vacío, varias plumas y piedras de colores, una llave y tres moneditas.

–¡Yo soy Sebastián Sánchez! –dice y repite el dueño del tesoro, mientras lo matan.

1669
Maracaibo

Reventazón

Al alba, Morgan descubre que las naves españolas, brotadas de la noche, cierran la boca del lago.

Decide embestir. A la cabeza de su flota, envía una balandra a toda vela, de proa contra la nave capitana de los españoles. La balandra lleva el estandarte de guerra desplegado en desafío y contiene toda la pez, el alquitrán y el azufre que Morgan ha encontrado en Maracaibo, y varios cartuchos de pólvora escondidos en cada rincón. La tripulan unos cuantos muñecos de madera, vestidos de camisa y sombrero. El almirante español, don Alonso del Campo y Espinoza, vuela por los aires sin enterarse de que sus cañones han disparado contra un polvorín. Detrás, arremete toda la flota de los piratas. Las fragatas de Morgan rompen el candado español a cañonazos y ganan la mar. Navegan repletas de oro y joyas y esclavos.

A la sombra de los velámenes se alza Henry Morgan, vestido de la cabeza a los pies con el botín de Maracaibo. Lleva catalejo de oro y botas amarillas, de cuero de Córdoba; los botones de su chaqueta son esmeraldas engarzadas por joyeros de Amsterdam. El viento levanta la espuma de encajes de la camisa de seda blanca; y trae la lejana voz de la mujer que espera a Morgan en Jamaica, la mulata lanzallamas que le advirtió en los muelles, cuando le dijo adiós:

–Si te mueres, te mato.

1670
Lima

"Duélete de nosotros",

le habían dicho, sin palabras, los indios de las minas de Potosí. Y el año pasado el conde de Lemos, virrey del Perú, escribió al rey de España: No hay nación en el mundo tan fatigada. Yo descargo mi conciencia con informar a Vuestra Majestad con esta claridad: no es plata lo que se lleva a España, sino sangre y sudor de indios.

El virrey ha visto el cerro que come hombres. De las comunidades traen indios ensartados a los ramales con argolleras de hierro, y cuantos más traga el cerro más le crece el hambre. Se vacían de hombres los pueblos.

Después del informe al rey, el conde de Lemos prohibió las jornadas de toda la semana en los socavones asfixiantes. Golpes de tambor, pregón de negro: en lo sucesivo, dispuso el virrey, trabajarán los indios desde la salida hasta la puesta del sol, porque no son esclavos para pernoctar en las galerías.
Nadie le hizo caso.
Y ahora recibe, en su austero palacio de Lima, una respuesta del Consejo de Indias, desde Madrid. El Consejo se niega a suprimir el trabajo forzado en las minas de plata y azogue.

1670
San Juan Atitlán

Un intruso en el altar

A media mañana, el padre Marcos Ruiz se deja llevar por el burrito hacia el pueblo de San Juan Atitlán. Quién sabe si viene del pueblo o del sueño la dulce música de agua y campanas que la brisa trae. El fraile no apura el paso, el balanceo dormilón, y bosteza.
Hay que andar mucha vuelta y recoveco para llegar a San Juan Atitlán, pueblo muy entrañado en las asperezas de la tierra; y bien se sabe que los indios tienen sus cultivos en los rincones más intrincados del monte para rendir homenaje, en esos escondites, a sus dioses paganos.
Empieza a despertar fray Marcos en las primeras casas. Está el pueblo vacío; nadie sale a recibirlo. Parpadea fuerte al llegar a la iglesia, desbordada por el gentío, y le pega un feroz brinco el corazón cuando consigue abrirse paso y se restriega los ojos y ve lo que está viendo: en la iglesia, florida y perfumosa como nunca, los indios están adorando al bobo del pueblo. Sentado en el altar, cubierto de pies a cabeza con las vestiduras sagradas, el idiota recibe, babeándose, bizqueando, las ofrendas de incienso y frutas y comida caliente, en medio de una lloradera de oraciones y cánticos entreverados. Nadie escucha los gritos de indignación de fray Marcos, que huye corriendo en busca de soldados.
El espectáculo enfurece al piadoso sacerdote, pero muy poco le ha durado la sorpresa. Al fin y al cabo, ¿qué puede esperarse de estos idólatras que piden perdón al árbol cuando lo van a cortar y no cavan un pozo sin antes dar explicaciones a la tierra? ¿No confunden a Dios, acaso, con cualquier piedrita, rumor de arroyo o llovizna? ¿Acaso no llaman juego al pecado carnal?

1670
Masaya

"El Güegüence"

El sol rompe las nubes, se asoma y vuelve al escondite, arrepentido o asustado por lo mucho que aquí abajo brilla la gente, que está la tierra incendiada de alegría: danza conversada, teatro bailado, sainete bailete musicalero y respondón: a la orilla de las palabras, el Güegüence desata la fiesta. Los personajes, enmascarados, hablan una lengua nueva, ni náhuatl ni castellano, lengua mestiza que ha crecido en Nicaragua. La han alimentado los mil modos populares de decir desafiando y de inventar diciendo, ají picante de la imaginación del pueblo burlón de sus amos.
Un indio vejete, engañador y deslenguado, ocupa el centro de la obra. Es el Güegüence o Macho-Ratón un burlador de prohibiciones, que nunca dice lo que habla ni escucha lo que oye, y así consigue evitar que lo aplasten los poderosos: lo que el pícaro no gana, lo empata; lo que no empata, lo enreda.

1670
Cuzco

El Lunarejo

Las paredes de la catedral, hinchadas de oro, abruman a la Virgen. Humillada parece la sencilla imagen de esta Virgen morena, con su negra melena brotando del sombrero de paja y una llamita en brazos, rodeada como está por un mar de oro espumoso de infinitas filigranas. La catedral del Cuzco quisiera vomitar de su vientre opulento a esta Virgen india, Virgen del desamparo, como no hace mucho echaron sus porteros a una vieja descalza que pretendía entrar:
–¡Déjenla! –gritó el sacerdote desde el púlpito–. ¡Dejen entrar a esa india, que es mi madre!
El sacerdote se llama Juan de Espinosa Medrano, pero todos lo conocen por el Lunarejo, porque Dios le ha sembrado la cara de lunares.
Cuando el Lunarejo predica, acude el gentío a la catedral. No tiene mejor

orador la Iglesia peruana. Además, enseña teología, en el seminario de San Antonio, y escribe teatro. Amar su propia muerte, su comedia en lengua castellana, la lengua de su padre, se parece al púlpito donde pronuncia sus sermones: pomposos versos retorcidos en mil arabescos, ostentosos y derrochones como las iglesias coloniales. En cambio, ha escrito en quechua, lengua de su madre, un auto sacramental sencillo en la estructura y despojado en el decir. En el auto, sobre el tema del hijo pródigo, el Diablo es un latifundista peruano, el vino es chicha y el bíblico becerro, un chancho gordo.

1671
Ciudad de Panamá

Sobre la puntualidad en las citas

Hace más de dos años que Henry Morgan llegó en canoa a Panamá, y a la cabeza de un puñado de hombres saltó las murallas de Portobelo llevando el cuchillo entre los dientes. Con muy escasa tropa y sin culebrinas ni cañones, venció a ese bastión invulnerable; y por no incendiarlo cobró en rescate una montaña de oro y plata. El gobernador de Panamá, derrotado y deslumbrado ante la impar hazaña, mandó pedir a Morgan una pistola de las que había usado en el asalto.

–Que la guarde por un año –dijo el pirata–. Volveré a buscarla.

Ahora entra en la ciudad de Panamá, avanzando entre las llamas, con la bandera inglesa flameando en una mano y el sable en la otra. Lo siguen dos mil hombres y varios cañones. En plena noche, el incendio es una luz de mediodía, otro verano que agobia al eterno verano de estas costas: el fuego devora casas y conventos, iglesias y hospitales, y llamea la boca del corsario que clama:

–¡Vine en busca de dinero, no de plegarias!

Después de mucho quemar y matar, se aleja seguido por una infinita caravana de burritos cargados de oro, plata y piedras preciosas.

Morgan manda pedir perdón al gobernador, por la demora.

1672
Londres

La carga del hombre blanco

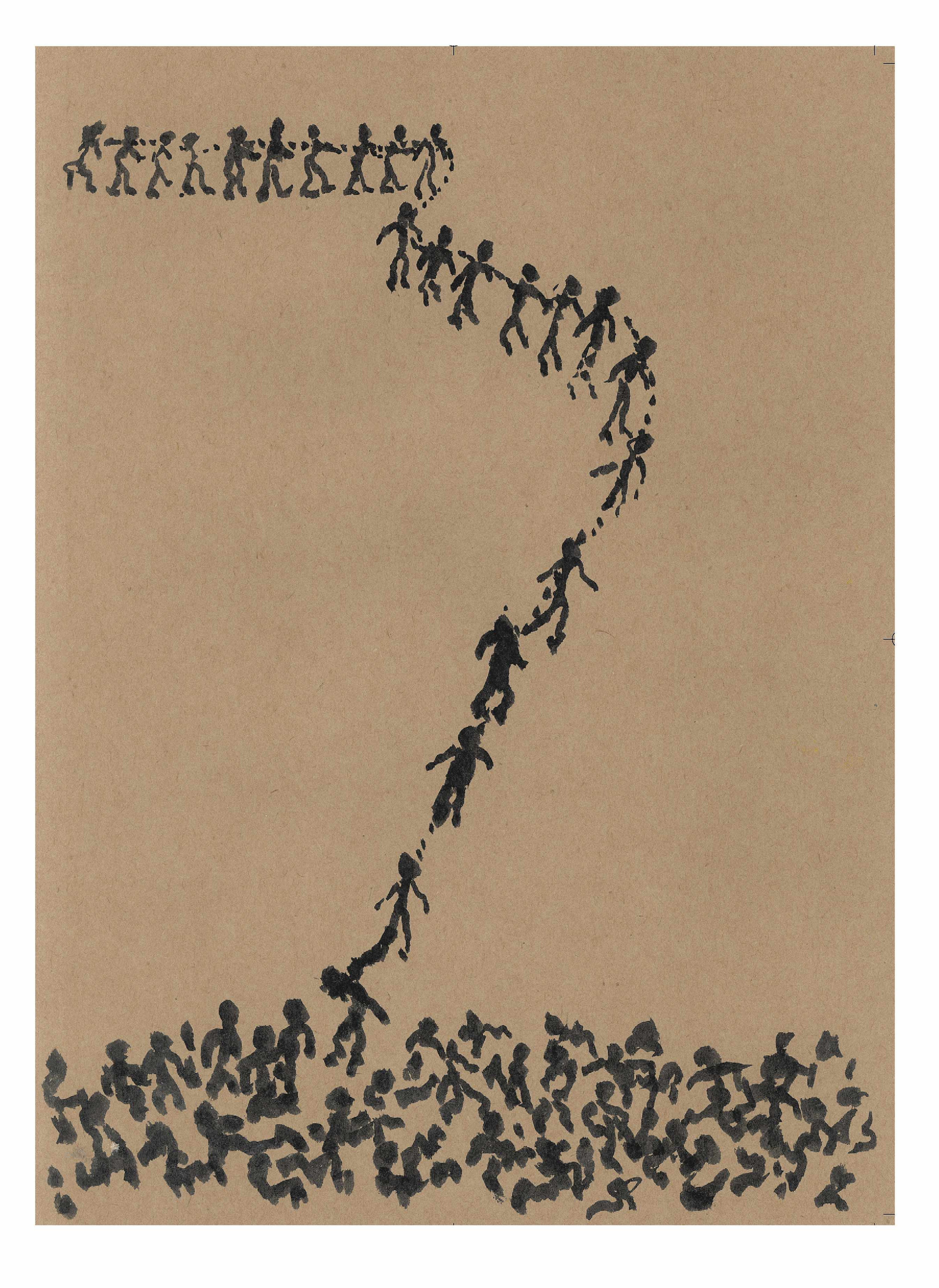
El duque de York, hermano del rey de Inglaterra, fundó hace nueve años la Compañía de los Reales Aventureros. Los cultivadores ingleses de las Antillas compraban sus esclavos a los negreros holandeses; y la Corona no podía permitir que adquirieran artículos tan valiosos a los extranjeros. La nueva empresa, nacida para el comercio con Africa, tenía prestigiosos accionistas: el rey Carlos II, tres duques, ocho condes, siete lores, una condesa y veintisiete caballeros. Como homenaje al duque de York, los capitanes marcaban al rojo vivo las letras DY en el pecho de los tres mil esclavos que cada año conducían a Barbados y Jamaica.

Ahora, la empresa ha pasado a llamarse Real Compañía Africana. El rey inglés, que tiene la mayoría de las acciones, estimula en sus colonias la compra de los esclavos, seis veces más caros que lo que cuestan en África.

Los tiburones hacen el viaje hasta las islas, detrás de los buques, esperando los cadáveres que caen desde la borda. Muchos mueren porque no alcanza el agua y los más fuertes beben la poca que hay, o por culpa de la disentería o la viruela, y muchos mueren de melancolía: se niegan a comer y no hay modo de abrirles los dientes.

Yacen en hileras, aplastados unos contra otros, con el techo encima de la nariz. Llevan esposadas las muñecas, y los grilletes les dejan en carne viva los tobillos. Cuando el mar agitado o la lluvia obligan a cerrar las troneras, el muy poco aire es una fiebre, pero con las troneras abiertas también huele la bodega a odio, a odio fermentado, peor que el peor tufo de los mataderos, y está el piso siempre resbaloso de sangre, flujos y mierda.

Los marineros, que duermen en cubierta, escuchan los gemidos incesantes que suenan desde abajo durante toda la noche; y al amanecer los gritos de los que han soñado que estaban en su país.



Canción del pájaro del amor, del pueblo mandinga

Pero déjame, ¡oh, Dyamberé!
Tú que llevas la banda de franjas largas,
déjame cantar a los pájaros,
los pájaros que escuchan a la princesa que parte
y reciben sus últimas confidencias.
Y ustedes, doncellas, canten, canten
dulcemente
"lah, lah" –el bello pájaro.
Y tú, Dueño-del-fusil-formidable,
déjame contemplar al pájaro del amor,
el pájaro que mi amigo y yo amamos.
Déjame, dueño-de-la-túnica-espléndida,
amo de las vestiduras más brillantes
que la claridad del día.
¡Déjame amar al pájaro del amor!

1674
Port Royal

Morgan

Era casi un niño cuando lo vendieron, en Bristol, a un traficante. El capitán que lo trajo a las Antillas lo cambió por unas monedas en Barbados.
En estas islas aprendió a romper de un hachazo la rama que te golpea la cara; y supo que no hay fortuna que no tenga el crimen por padre y por madre la infamia. Pasó años desvalijando galeones y haciendo viudas. Cortaba de un tajo los dedos que llevaban anillos de oro. Se convirtió en el caudillo de los piratas. Corsarios, corrige. Almirante de corsarios. De su cuello de sapo cuelga siempre la patente de corso, que legaliza la faena y evita la horca.
Hace tres años, después del saqueo de Panamá, lo llevaron preso a Londres. El rey le quitó las cadenas, lo armó caballero de la corte y lo designó lugarteniente general de Jamaica.



El filósofo John Locke ha redactado las instrucciones para el buen gobierno de esta isla, que es el cuartel general de los filibusteros ingleses. Morgan cuidará de que nunca falten biblias ni perros para cazar negros fugados, y ahorcará a sus hermanos piratas cada vez que su rey decida quedar bien con España. Recién desembarcado en Port Royal, Henry Morgan se quita el plumoso sombrero, bebe un trago de ron y a modo de brindis vacía el cuenco sobre su peluca de muchos rulos. Los filibusteros gritan y cantan, alzando sables. Tiene herraduras de oro el caballo que conduce a Morgan al palacio de gobierno.

1674
Potosí

Claudia, la hechicera

Con la mano movía las nubes y desataba o alejaba tormentas. En un abrir y cerrar de ojos traía gente desde tierras lejanísimas y también desde la muerte. A un corregidor de las minas de Porco le hizo ver a Madrid, su patria, en un espejo; y a don Pedro de Ayamonte, que era de Utrera, le sirvió a la mesa tortas recién hechas en un horno de allá. Hacía brotar jardines en los desiertos y convertía en vírgenes a las amantes más sabidas. Salvaba a los perseguidos que buscaban refugio en su casa, transformándolos en perros o gatos. Al mal tiempo, buena cara, decía, y a las hambres, guitarrazos: tañía la vihuela y agitaba la pandereta y así resucitaba a los tristes y a los muertos. Podía dar a los mudos la palabra y quitarla a los charlatanes. Hacía el amor a la intemperie, con un demonio muy negro, en pleno campo. A partir de medianoche, volaba.

Había nacido en Tucumán, y murió, esta mañana, en Potosí. En agonía llamó a un padre jesuita y le dijo que sacara de una gavetilla ciertos bultos de cera y les quitara los alfileres que tenían clavados, que así sanarían cinco curas que ella había enfermado.

El sacerdote le ofreció confesión y misericordia divina, pero ella se rió y riendo murió.

1674
Yorktown

Los corceles del Olimpo

James Bullocke, un sastre de Yorktown, ha desafiado a una carrera de caballos a Mathew Slader. El tribunal del condado le aplica una multa, por presumido, y le advierte que es contrario a la ley que un trabajador participe en una carrera, siendo un deporte de caballeros. Bullocke deberá pagar doscientas libras de tabaco en toneles.

Pueblo de a pie, nobleza de a caballo: el halo de la aristocracia es la nube de polvo que los cascos levantan en el camino. Las patas de los caballos hacen y deshacen fortunas. Para correr carreras los sábados de tarde, o para hablar de caballos en las noches, salen de la soledad del latifundio los caballeros del tabaco, ropas de seda, primeras pelucas ruludas; y en torno de jarras de sidra o brandy discuten y apuestan mientras ruedan los dados sobre la mesa. Apuestan dinero o tabaco o esclavos negros o sirvientes blancos de esos que pagan con años de trabajo la deuda del viaje desde Inglaterra; pero sólo en grandes noches de gloria o ruina apuestan caballos. Un buen caballo da la medida del valor de su dueño, fumócrata de Virginia que de a caballo vive y manda y de a caballo entrará en la muerte, vuelo de viento hacia las puertas del cielo.

En Virginia no queda tiempo para otra cosa. Hace tres años, el gobernador William Berkeley pudo decir, orgulloso: "Agradezco a Dios que no haya escuelas gratuitas ni imprenta, y espero que no las tengamos en cien años; porque la instrucción ha traído al mundo la desobediencia, la herejía y las sectas, y la imprenta las ha divulgado".

1676
Valle de Connecticut

El hacha de la guerra

Cuando caen las primeras nieves, se alzan los indios wampanoag. Están hartos de que la frontera de Nueva Inglaterra corra hacia el sur y hacia el oeste, frontera de pies ágiles, y al fin del invierno ya los indios han arrasado el valle de Connecticut y pelean a menos de veinte millas de Boston.

El caballo lleva a rastras, preso del estribo, un jinete muerto de un flechazo. Los despojados, guerreros veloces, golpean y desaparecen; y así van empujando a los invasores hacia la costa donde desembarcaron hace años.



1676
Plymouth

Metacom

La mitad de la población india ha muerto en la guerra. Doce villas inglesas yacen en cenizas.
Al fin del verano, los ingleses traen a Plymouth la cabeza de Metacom, el jefe de los wampanoag: Metacom, o sea, Satanás, el que quiso arrebatar a los colonos puritanos las tierras que Dios les había otorgado.
Discute la Corte Suprema de Plymouth: ¿Qué hacemos con el hijo de Metacom? ¿Lo ahorcamos o lo vendemos como esclavo? Tomando en cuenta el Deuteronomio (24.16), el Libro Primero de los Reyes (11,17), el Libro Segundo de las Crónicas (25.4) y los Salmos (137.8,9), los jueces resuelven vender al hijo de Metacom, que tiene nueve años, en los mercados de esclavos de las Antillas.
Dando otra prueba de generosidad, los vencedores ofrecen a los indios un pedacito de todo lo que antes tenían: en lo sucesivo, las comunidades indias de la región, hayan peleado o no hayan peleado junto a Metacom, serán encerradas en cuatro reservas en la bahía de Massachusetts.

1677
Old Road Town

Mueren acá, renacen allá

No lo sabe el cuerpo, que poco sabe, ni lo sabe el alma que respira, pero lo sabe el alma que sueña, que es la que más sabe: el negro que se mata en América resucita en Africa. Muchos esclavos de esta isla de Saint Kitts se dejan morir negándose a comer o comiendo no más que tierra, ceniza y cal; y otros se atan una cuerda al pescuezo. En los bosques, entre las lianas que penden de los grandes árboles llorones, cuelgan esclavos que no solamente matan, al matarse, su memoria de dolores: al matarse también inician, en blanca canoa, el viaje de regreso a las tierras de origen.
Un tal Bouriau, dueño de plantaciones, anda en la fronda, machete en mano, decapitando ahorcados:

–¡Cuélguense, si quieren! –advierte a los vivos–. ¡Allá en sus países no tendrán cabeza y no podrán ver, ni oír, ni hablar, ni comer!

Y otro propietario, el mayor Crips, el más duro castigador de hombres, entra en el bosque con una carreta cargada de pailas de azúcar y piezas de molinos. Busca y encuentra a sus esclavos fugados, que se han reunido y están atando nudos y eligiendo ramas, y les dice:

–Continúen, continúen. Yo me ahorcaré con ustedes. Voy a acompañarlos. He comprado en el Africa un gran ingenio de azúcar, y allá ustedes trabajarán para mí.

El mayor Crips elige el árbol mayor, una ceiba inmensa; enlaza la cuerda alrededor de su propio cuello y enhebra el nudo corredizo. Los negros lo miran, aturdidos, pero su cara es una pura sombra bajo el sombrero de paja, sombra que dice:

–¡Vamos, todos! ¡De prisa! ¡Necesito brazos en Guinea!

1677
Pôrto Calvo

El capitán promete tierras, esclavos y honores

En la madrugada, sale el ejército desde Pôrto Calvo. Los soldados, voluntarios y enganchados, marchan contra los negros libres de Palmares, que andan incendiando cañaverales en todo el sur de Pernambuco. Fernão Carrilho, capitán mayor de la guerra de Palmares, arenga a la tropa después de la misa:

–Por grande que sea la multitud de los enemigos, es una multitud de esclavos. La naturaleza los ha creado más para obedecer que para resistir. Si los destruimos, tendremos tierras para nuestras plantaciones, negros para nuestro servicio y honor para nuestros nombres. Los negros pelean como fugitivos. ¡Nosotros los perseguiremos como señores!